

Sumario:

La Evangelización de la cultura, entendida como la acción que busca “hacer que los principios evangélicos se traduzcan en las maneras de vivir los pueblos”, es una tarea permanente, que desde Santo Domingo, nos señala el desafío de continuar el diálogo tra

La inculturación después de Santo Domingo

Padre Jaime Vélez Correa, s.j.

*Doctor en Filosofía, Universidad Gregoriana, Roma.
Licenciado en Teología, Alma College, California.
Licenciado en Pedagogía, Pontificia Universidad
Javeriana, Bogotá.
sepac@celam.org*

La evangelización es la razón de ser de la Iglesia. Evangelizar es proclamar el Evangelio o sea, la Buena Noticia de salvación. Pero esa novedad no se efectúa si el oyente no acepta ser salvado o se compromete a vivir la nueva vida de Cristo resucitado. Otra manera de entender la evangelización es proclamar el Reino de Dios, o sea, realizar el proyecto divino de hacer de la humanidad una familia, donde Dios es el Padre y todos los seres humanos sus hijos; y para ser tales han de vivir como hermanos, es decir, amarse mutuamente.

Este mensaje o invitación a realizar el Reino de Dios se dirige a toda la humanidad para que modifique su manera de vivir, o sea, su conducta. Precisamente en eso consiste la misión de la Iglesia: *evangelizar, la cultura*, lo cual significa hacer que los principios evangélicos se traduzcan en las maneras de vivir de los pueblos. Ello no es fácil, pues se pretende que un mismo Evangelio se viva en diversas culturas.

La inculturación consiste en hacer que cada cultura del pueblo o grupo social viva o traduzca en su manera de ser los principios evangélicos. En otras palabras, *inculturar el Evangelio es encarnarlo en cada cultura*. Entendiendo por cultura el modo o tipo de comportarse un grupo social, de comunicarse o hablar o festejar (de relacionarse con los demás), de comer, vestirse, trabajar (de relacionarse con la naturaleza) y de dar sentido a su vida (relacionarse con el Absoluto).

No fue fácil precisar el sentido de evangelizar, y por eso la Iglesia hubo de recorrer un largo camino, sobre todo desde la crisis de la modernidad (siglo XIX) y su respuesta en el Vaticano II y sus interpretaciones de los documentos pontificios y de tres Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano hasta fines del siglo XX.

Lo anterior explica por qué para mostrar qué inculturación se ha hecho en el decenio posterior a Santo Domingo, en primer lugar

hemos de entender el proceso histórico de la evangelización hasta llegar a concebirla como inculturación. En segundo lugar debemos precisar el significado de inculturación en Santo Domingo. Por último mostraremos acciones de inculturación que se han tenido en los diez años corridos después de Santo Domingo.

1. Proceso histórico de la Evangelización hasta Santo Domingo

Santo Domingo, al conmemorar cinco siglos de evangelización latinoamericana, culmina el esfuerzo de nuestra Iglesia proclamando una Nueva Evangelización de la cual la inculturación es centro, medio y fin.

Para ponderar el alcance de esta Nueva Evangelización y de la inculturación, es preciso recorrer el itinerario de la Evangelización hasta llegar a las formulaciones actuales.

La encarnación del Hijo de Dios en una cultura fue el hecho primordial de la evangelización, pues consistió en que la Palabra de Dios se hizo hombre, es decir, se hizo judío y como tal vivió, habló, actuó, asumiendo lo positivo de esa cultura judía y corrigiendo aquello que no podía divinizarse, motivo por el cual lo crucificaron y Dios lo resucitó. El mismo Jesús ordenó a sus apóstoles proclamar esa salvación (evangelizar), que consiste en vivir como hijo de Dios, lo que cada pueblo o grupo social ha de traducir en su propio modo de comportarse. Así Pablo logra que el mundo griego viva el Evangelio a su manera. Los otros apóstoles actúan en esa línea, y los misioneros sucesores llevan a los pueblos a que asuman a su manera cultural los pensamientos y criterios evangélicos. En pocos siglos el imperio romano se hace cristiano y toda Europa logra, durante el Medioevo, vivir el Evangelio en su nueva cultura llamada “cristiandad” o conjunción de la cruz y la espada.

Con el correr de los siglos esas diversas culturas evolucionaron y con ellas surgieron diversas maneras de traducir el Evangelio a su modo de vida o cultura. Después de siglos, al despuntar la “*modernidad*”, la cultura se desarrolla en una nueva vida, la urbano-industrial

compartida con una mentalidad opuesta a la medieval, en la que Dios no fue el centro (teocentrismo) sino el hombre (antropocentrismo) del pensar y del actuar. Por lo mismo, las ciencias, la política y la economía no se someten a una moral teónoma sino su propia autonomía. Así la libertad humana rechazó todo límite, y las ciencias positivas se constituyeron en únicas fuentes de verdad. La razón humana sustituyó a la revelación.

La actitud de la Iglesia frente a esta cultura moderna fue condenarla en bloque sin distinguir lo antihumano o antievangélico, de aquellos valores positivos o humanos, como son la dignificación de la persona humana, su libertad y la autonomía de las realidades terrenas. Como consecuencia de tal actitud cerrada, el mundo se desentiende o divorcia del Evangelio, la Iglesia se retira de la realidad humana y mundana, la fe se desvanece en teorías que no se traducen en vida cultural. Este, que Pablo VI llamó “el drama de hoy” (EN 20), perdura por más de un siglo con la triste secuela de una creciente descristianización de bautizados que viven al margen de la vida cristiana y de gente sencilla que no conoce los fundamentos de su fe etc. (id. 52).

Esa triste realidad, por haberse recluso la Iglesia en las sacristías y separada del mundo y de su cultura moderna, llevó a Juan XXIII a buscar un “*aggiornamento*”, es decir, poner al día el Evangelio o hacerlo vida moderna, para lo cual convocó el *Concilio Vaticano II* *cuyas características son muy significativas*. *no fue un concilio doctrinal sino pastoral, *no condenó a los disidentes sino dialogó con ellos para comprenderlos y hacerse comprender, *no concibió a la Iglesia como clerical sino como Pueblo de Dios donde el laico tiene su puesto importante, *no consideró la sociedad sometida a la religión sino “secularizada”, sin que ello implicara ser arreligiosa o anti-religiosa o atea, sino una sociedad cuyas realidades terrenas no deben sujetarse a la religión sino que operan con sus propias leyes autónomas pero sin negar su dependencia de Dios; *no se preocupó por hacer una Iglesia uniforme sino una comunidad de fe pluricultural.

Esta insólita renovación cultural necesariamente causó *diversas reacciones dentro de la Iglesia*: *Unos vieron en el Concilio una interpretación “*horizontalista*” de la fe y por eso politizaron el

Evangelio y socializaron la fe, como si la evangelización fuera mera tarea socio-política terrena. *Otros al contrario la concibieron con una visión “*verticalista*” y continuaron anhelando una sociedad sacral a estilo medieval. *Entre estas dos extremas interpretaciones del Concilio la gran mayoría de católicos avalada por el Magisterio de los Papas considera a Dios presente en las acciones humanas.

Así esa fe hecha cultura se fundamenta en la Palabra de Dios y la Tradición, leídas no con la literalidad del fundamentalismo sino con el sentido de fe del pueblo bajo el Magisterio. Por eso mismo esa fe comprometida con la vida lleva a la religiosidad popular a asumir la cultura moderna en sus valores positivos humanos y a purificar los negativos o deshumanizantes, sino que se incultura en ella y que impulsa al progreso del mundo. Precisamente la constitución “*Gaudium et Spes*” (1965), documento típico y clave para captar el espíritu de este Concilio, no sólo enseña en un capítulo la promoción de la cultura, sino que diseña la misión de “la Iglesia en el mundo” y lleva a Pablo VI a redactar su magna encíclica “*Populorum Progressio*” (1967) y con ella señalar que la fe cristiana debe llevar a solucionar el problema social o injusticia que vive el tercer mundo. Es lo que más tarde se llamará “inculturar el Evangelio”.

De esta manera se llegó al *núcleo del problema religioso-social* y por lo mismo crucial de nuestro continente. Por eso la segunda Conferencia General de Obispos Latinoamericanos en Medellín (1968) tuvo la tarea de aplicar aquella encíclica a la realidad de nuestro continente y por eso mismo formuló su tarea evangelizadora como *liberación de* opresiones e injusticias, lo que dio origen a las Comunidades Eclesiales de Base y a la Teología de la Liberación, que en su auténtica expresión es la encarnación de la fe (“*inculturación*”) en la cultura latinoamericana.

Se sintió entonces la necesidad de profundizar en el sentido de la evangelización, tema del Sínodo Episcopal que culmina con la gran Exhortación Apostólica “*Evangelii Nuntiandi*” (1975) donde Pablo VI muestra que la solución al drama del divorcio entre fe y cultura es una Evangelización que toque lo íntimo del hombre, su cultura. La auténtica evangelización será pues *la Evangelización de la Cultura*.

Precisamente este documento fue la pauta para la Tercera Conferencia Episcopal Latinoamericana en Puebla (1979) donde magistralmente se programa una “*Evangelización de la Cultura*” que ha de partir de una visión socio-cultural de la realidad latinoamericana, la cual desafía nuestra fe como designio de Dios. En respuesta a ese reto, los Obispos en Puebla, en continuidad con Medellín, conciben la evangelización como *liberación para la comunión y participación*, pues aquella realidad, en lugar de ser “comunión”, es discriminación, y en lugar de ser participación, es marginación. Así el hombre al luchar por esa liberación en comunión con sus hermanos y con Dios se transforma en agente y cooperador del designio de Dios (participante).

Desde el inicio de su pontificado Juan Pablo II complementa la Evangelización de la Cultura *introduciendo el neologismo teológico “inculturación”*. En “*Cathequesi Tradendae*” y “*Redemptoris Missio*” y en intervenciones de sus viajes por América Latina nos muestra que la manera de *evangelizar la cultura es inculturando el Evangelio*, es decir, haciendo que la fe se encarne en la vida o cultura, como el Verbo divino se encarnó en la cultura judía. A esta manera de Evangelizar la cultura inculturando en ella el Evangelio, el mismo Papa le dio el nombre (en Haití, 1983) de “*Nueva Evangelización*”, la que precisamente será nueva, no tanto por el ardor, métodos y expresiones, sino porque ha de llevar a una nueva cultura, o sea, un cristianismo renovado, no como se le tergiversó, una nueva cristiandad sino a una cultura que lleva a pensar, juzgar y actuar con los criterios evangélicos.

En conclusión este largo proceso ha llevado a la Iglesia a concebir la evangelización como una liberación de situaciones de injusticia, una liberación para hacer una comunidad de comunión y participación, lo que se hace Evangelizando la Cultura, y esta evangelización sólo llega a profundidad cuando se incultura el Evangelio, lo que constituye la Nueva Evangelización, tema de Santo Domingo.

2. La inculturación en Santo Domingo

La cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo (1992) tuvo en su reflexión, como clave, a la

inculturación. Este fue el tema central en los nueve años de preparación de la Conferencia y así el CELAM encontró que los Obispos pedían este tema como el adecuado. Aunque el Papa formuló el tema de la Conferencia en triple concepto, veremos que los tres confluyen hacia la inculturación. Después de múltiples consultas y dos redacciones de y un previo documento, se redactó el instrumento de trabajo, y en todos estos momentos la inculturación ocupa lugar destacado, unas veces expresado formal y otras implícitamente.

Con la inculturación Santo Domingo no sólo asume a Medellín (liberación de opresiones) y a Puebla (liberación para la comunión y la participación), sino que muestra que una evangelización liberadora se logra haciendo penetrar el Evangelio en las culturas.

Por otra parte, Santo Domingo complementa el tema fundamental de la evangelización hoy reconfirmado por el Papa, a saber, precisar *la finalidad de la Nueva Evangelización* que es una *Nueva Cultura*, expresada como “Cultura cristiana”, la cual no consiste en volver a la vieja cultura, llamada “cristiandad”

Pero, no sólo por tratarse de lograr una nueva cultura cristiana, sino porque las culturas a las que se evangeliza sean indígenas, mestizas, afroamericanas, mulatas, occidentales u orientales, todas ellas han sufrido y sufren cambios que reclaman una nueva manera de evangelizarlas. También se trata de una nueva cultura que ha sido importada y que Puebla califica de “adveniente” y que es la moderna y posmoderna. Todas ellas son analizadas por Santo Domingo y con el clásico método de ver, juzgar y actuar, se les dan respuestas adecuadas porque no otra cosa es “inculturar el Evangelio”.

Más específicamente al recorrer el mismo documento se puede comprobar que la inculturación es clave para entender a Santo Domingo:

La primera parte del documento **“Jesucristo, Evangelio del Padre”** propone el fundamento teológico de la inculturación, que consiste hacer que el Evangelio se encarne en la cultura como el Verbo se encarnó en la cultura judía (CTr.53).

La segunda parte “**Jesucristo, Evangelizador viviente en su Iglesia**” a partir de lo anterior se enfoca hacia la Nueva Evangelización, cuyo centro medio y objeto es la inculturación, como afirman los Obispos, siguiendo al Papa (SD 229). Los tres capítulos de esta parte constituyen el cuerpo del documento.

El primer capítulo describe los agentes de esa Nueva Evangelización que para los obispos debe ser “inculturada”, pues el evangelizador es la Iglesia o Pueblo de Dios con su gama de misiones, desde los Obispos hasta los laicos, y cuyos lineamientos se resumen en ser una Iglesia inculturada, pues para ser evangelizadora ha de insertarse en las culturas, es decir, ella misma ha de “inculturarse”. Como agentes primarios de esta misión se señalan los laicos, las mujeres, los jóvenes, la familia, etc.

El segundo capítulo, “la promoción humana” designa el destinatario de esta Evangelización o inculturación que exige una conversión de la indiferencia ante la situación inhumana de las mayorías marginadas, a una coherencia entre fe y vida y una crítica a la economía discriminatoria (SD 157-227).

El tercer capítulo, “la cultura cristiana” profundiza en el sentido de la “inculturación”, su connotación teológica y específicamente su significación evangélica a la luz de los tres grandes misterios de la salvación: Encarnación, Pascua y Pentecostés (id 218-230) para basar su exposición mostrando novedosamente que Cristo es la medida de la conducta moral porque es la plenitud del hombre y por ende de los valores culturales (231-242). A lo que se adiciona la inculturación del Evangelio en las diversas culturas: indígenas, afroamericanas y mestizas (id. 243-251). La inculturación que ha de tener por meta la Cultura Cristiana, ha de encontrar la manera de inculturar el Evangelio en la “nueva cultura” incluida la urbana y la que Puebla llamó “adveniente” (252-262). También se ha de inculturar el Evangelio en la educación y en la comunicación social (263-286).

La tercera parte, “**Jesucristo vida y esperanza**” traza las líneas pastorales prioritarias, y explícitamente retoma los temas de una Nueva Evangelización que enfatice la pastoral de jóvenes y laicos, una promoción integral preferencial por los pobres y la familia, una

evangelización inculturada que penetre en la cultura urbana, en las culturas indígenas y afroamericanas, en la acción educativa y moderna comunicación (287-303).

En conclusión. Pese a la dificultades y contradicciones de esta cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, el documento es de una profundidad teórica, una solidez teológica y una actualidad pastoral asombrosas, y ello se debe a la reflexión sobre inculturación que se hizo antes y durante la reunión.

3. La inculturación en la última década

El compromiso de los Obispos en Santo Domingo por una evangelización inculturada se ha cumplido, aunque con limitaciones como toda obra humana. Como aplicaciones de la inculturación en estos diez años, ante todo tenemos los documentos del Papa y de los Obispos, por una parte, y por otra, las realizaciones; no todas expresan de manera explícita la inculturación, pero son sin duda esfuerzos de inculturación. En la siguiente visión global emplearemos el orden con que hemos presentado la inculturación en Santo Domingo.

Evangelización inculturada, que proclama y vive el encuentro con *“Jesucristo, Evangelio del Padre”*. Es fundamento de toda inculturación, como vimos nos presenta Santo Domingo y ha sido muchas veces explícitamente formulado en los programas de pastoral de nuestras Conferencias Episcopales y sobre todo del CELAM en sus programaciones para los cuatrenios.

Así el Plan Global para 1995-1999 tuvo por objetivo general *“Anunciar con la fuerza del Espíritu a Jesucristo Evangelio del Padre por medio de la Nueva Evangelización, la promoción humana y la inculturación del Evangelio...”* (n.213). De los 139 programas allí planeados, más de 30 expresan en su título esta consigna, y sería prolijo enumerar las actividades con que se cumplieron los programas en los campos teóricos y prácticos, donde se aplica el Evangelio a la situación actual, lo que es inculturación.

También el Plan global para 1999-2003 tiene por título *“El encuentro con Jesucristo Vivo, en el horizonte del III milenio”*, eso mismo

se formula como objetivo general, y concretamente se convino en tener presente dicho encuentro con Jesucristo vivo como inspiración de todos los 132 programas. En muchos objetivos y metas de dichos programas se incluyen la inculturación y la Nueva Evangelización explícita o implícitamente.

La Exhortación Apostólica “*Ecclesia in America*”, -fruto del Sínodo de Obispos celebrado en 1997, tiene como primer capítulo “El encuentro con Jesucristo vivo” que se actualiza en el segundo “El encuentro con Jesucristo vivo en el Hoy de América” para así trazar el camino de conversión, comunión y solidaridad. Así la inculturación extiende su campo a toda América.

La carta apostólica “*Novo millennio ineunte*” demuestra que el gran jubileo fue un extraordinario encuentro con Jesucristo, y por tanto se practicó a nivel mundial el fundamento de la inculturación.

La Nueva Evangelización interpretada como inculturación del Evangelio fue el tema preferido por el Papa y acogido por los Obispos en Santo Domingo (cfr. SD 24-30), y así lo entiende el CELAM en su programación para 1999-2003 donde más de 20 programas tienen por objetivos o metas la Nueva Evangelización entendida como inculturación y expresamente el CELAM ha realizado dos encuentros sobre la Nueva Evangelización, los que inspiraron sendas publicaciones sobre dicho tema.

“*Tercer Milenio como desafío pastoral*”, el documento, fruto de largas reflexiones del CELAM; en él se dice expresamente que es continuación de Santo Domingo y se señalan unas “megatendencias” como desafíos frente al año 2000, de las cuales la cultura es la primera (ns.35-46) con lo cual se pretende inaugurar una nueva civilización o cultura. Este documento de gran impacto y que tiene cinco ediciones, ha servido de inspiración para muchos planes de pastoral en nuestro continente.

La Exhortación Apostólica “*Ecclesia in America*” cierra su discurso con el capítulo titulado “La misión de la Iglesia hoy en América: «la Nueva Evangelización», donde se trazan líneas para la evangelización de la cultura, de los centros de educación y de los medios de comunicación social.

Varios seminarios y talleres ha tenido el CELAM por medio de sus Departamentos y Secciones sobre *iglesia inculturada* y particularmente sobre parroquia, sobre comunidades eclesiales de base, sobre presbíteros, diáconos, seminarios, vida consagrada, laicos, jóvenes, familia etc. y muchos de esos eventos han publicado sus reflexiones y conclusiones. Pueden verse concretamente detallados en los informes a las Reuniones de Coordinación y a la última Asamblea del CELAM.

Sobre *promoción humana* entendida como inculturación, la pastoral latinoamericana ha cumplido el compromiso de los obispos en Santo Domingo, realizando seminarios sobre el nuevo orden económico, democracia, empobrecimiento y solidaridad, derechos humanos y doctrina social y otros temas, de los cuales se han publicado más de una decena de obras.

Sobre *la cultura cristiana* es quizás el tema más fecundo y que ha ocupado el mayor interés del CELAM: sobre la cultura urbana y la megápolis se han tenido seminarios y tres publicaciones. Sobre la cultura moderna dos seminarios y dos publicaciones. Sobre evangelización de las culturas indígenas y afroamericanas, pasan de diez los eventos, sin contar los regionales y nacionales como también diocesanos que se han tenido en varias partes, a través de su Departamento de Misiones. La evangelización de la cultura en los diversos campos de la educación y la comunicación social han tenido muy significativos eventos de clara orientación hacia la inculturación. Asimismo se deben mencionar los eventos del Departamento de Catequesis sobre su inculturación.

Los retos que la Nueva Cultura plantea a la Nueva Evangelización han sido *temas preferenciales* de eventos y publicaciones como “La adveniente cultura”, “La Nueva Era”, “La cultura posmoderna”, “Las megatendencias como reto al tercer milenio” y “La globalización”. Estos dos últimos temas han sido materia de reflexión durante más de dos años y que fueron discutidos por varios centenares de Obispos, sacerdotes, expertos y profesionales, como también por agentes de pastoral.

Conclusión

En este breve e incompleto resumen de las actividades del CELAM hemos omitido las muy importantes actividades de las Conferencias Episcopales, de las diócesis, de las parroquias y de las órdenes religiosas por ser casi imposible mencionarlas sin dejar otras. Esperamos que las diseñadas aquí den una somera idea de la magna tarea realizada por inculturar el Evangelio en nuestro continente. Muchas se han realizado sin tener conciencia de que inculturaban el Evangelio, pero de hecho lo hicieron. Sin embargo, la tarea que se impuso Santo Domingo es tan ingente que aún queda mucho por hacer. Para convencerse de ello baste leer la carta apostólica de Juan Pablo II “Novo Millenio ineunte” que termina señalándole a la Iglesia la misión de ser testigo del amor a la luz del Concilio Vaticano II, que como vimos, inició ese proceso de evangelizar la cultura, el que Santo Domingo culminó inculturando el Evangelio.